



67. Teresa Pàmies

Escritora

Nació en Balaguer, provincia de Lérida, en 1919, de origen campesino. Asistió a la escuela pública hasta los doce años, fue oficiala modista hasta los diecisiete y a partir de 1936 militó en las JSUC, ocupando un cargo primero en el comité local y luego en el ejecutivo de Barcelona. En 1939 marchó al exilio y vivió sucesivamente en Francia, Santo Domingo, Cuba, Méjico, Checoslovaquia (1948-1958) y de nuevo Francia (1958-1971); durante estos años desempeñó diversos oficios, en Méjico cursó estudios de periodismo en la Universidad Femenina, colaboró en publicaciones como *Tre-*

ball y *Nuestra Bandera*, y desde París envió crónicas semanales a la Radio Pirenaica. En 1971 regresó a Barcelona, donde fue objeto de una detención. Sus libros tratan de tres temas principales, la guerra, el exilio y el retorno: *Testament a Praga* (1971), escrita en colaboración con su padre, que ganó el Premio Josep Pla, *Va ploure tot el dia* (1974), *Quan érem capitans* (1974), *Una española llamada Dolores Ibárruri* (1975), *Los niños de la guerra* (1976), *Amor clandestí* (1976), etc. Está casada con Gregorio López Raimundo, presidente del PSUC, y de esta unión tiene dos hijos.

Franco no puede convertirse en la coartada de las fuerzas que lo crearon, lo atizaron y se sirvieron de él.

tpamies.webnode.cat

1. ¿Cómo definiría la personalidad del general?



2. ¿Cuáles serían, en su opinión, los aspectos positivos de la labor del general? ¿Cuáles los negativos? En ese período «España ha cambiado de piel». ¿Ha cambiado también de alma?

3. Invita a reflexión que Franco se mantuviera en el poder durante casi cuatro décadas. ¿A qué atribuiría que tan larga permanencia fuera posible?

4. ¿Cree que Franco respetó los «derechos humanos», o que los violó de forma sistemática, implacable y cruenta?

Cuando el general Franco se sublevó contra la República yo tenía diecisiete años, militaba en las filas comunistas y aprendía un oficio. Pertenezco, pues, a una generación cuya vida fue trastornada por la sublevación y puesto que ésta se asoció, desde el principio, a la persona de Francisco Franco no podría dar de él un juicio desapasionado. Ahora bien: detrás del general Franco habían unas fuerzas políticas, unas clases sociales y una Iglesia que, a partir de 1945, se las ingeniarón para que Franco apareciera como el único responsable de lo bueno —puesto que para ellos todo era bueno— y así condicionaban ya la opinión pública y el juicio de la Historia para que Franco cargase con lo malo. Creo que los historiadores deberían investigar la responsabilidad de esas fuerzas y no indagar para colocarle al difunto el adjetivo de astuto, de ombliguista, de gran patriota o de cínico. Franco no puede convertirse en la coartada de las fuerzas que lo crearon, lo atizaron y se sirvieron de él. Los defectos o las virtudes personales del enigmático general no me interesan.

Como en la respuesta anterior puntualizo: no se trata de enjuiciar la obra de Franco sino del régimen que encarnó. La obra de ese régimen ha sido nefasta para España. Muerto el general, cuando el régimen ya mostraba síntomas de descomposición, nos encontramos con una España corrompida de *arriba abajo*, la gran corrupción de la oligarquía y la pequeña, triste picaresca de los sectores trabajadores, profesionales y clases medias. Un nivel cultural bajísimo; una penetración de las multinacionales básicamente colonial y corruptora; una falta absoluta de civismo porque no pudo practicarse ni en lo más elemental. Una política de humillación contra los pueblos con personalidad propia y diferenciada; una administración caótica, especialmente en la enseñanza y en la sanidad. Los embalses, las autopistas, el turismo, ¿de qué nos han servido si no se tuvo en cuenta al hombre para nada? ¿En qué se invirtieron las fortunas del *boom* que, sin duda, se acumularon en España? Algunos de los nuevos ricos españoles que figuran en el Gotha económico mundial podrían contestarnos.

Franco se mantuvo porque la derrota de las fuerzas populares en la guerra civil las dejó apabulladas, sin cabeza y sin músculo. Totalmente desmoralizadas. La derrota fue tan anonadante que debería aparecer otra generación para reaccionar. En esas condiciones no hace falta mucho talento para mandar (digo mandar, no gobernar) especialmente cuando el régimen se dio los medios represivos materiales, morales, espirituales, para aplastar cualquier brote contestatario, incluso entre aquellos que, oficialmente, habían ganado la guerra.

Hubo otros factores, la guerra fría apenas derrotadas Alemania, Italia y Japón, por las fuerzas llamadas «aliadas», que jugaron la carta de Franco para sus objetivos anticomunistas; la coyuntura económica mundial de los años cincuenta y sesenta que supuso un alivio para el problema de las regiones subdesarrolladas de España segregadoras de mano de obra y de conflictos sociales.

De carisma, ¡nada! Franco no fue un personaje carismático. Miedo le tuvo todo el mundo, incluso quienes se enriquecieron adulándolo. Sólo entre las capas más humildes —y por consiguiente más atrasadas y más nobles— se le quiso de una manera simplista, primitiva, mesiánica.

La pregunta me parece innecesaria.

5. ¿Cree que los españoles estamos ahora más unidos que en 1936, o detecta indicios de divisiones igualmente profundas?

Creo que estamos más unidos porque se entiende mejor la diversidad de los pueblos de España. Todavía subsisten incomprensiones pero hoy un Royo Vilanova haría el ridículo. El problema de la unidad de España ya no se aborda en términos centralistas, y aunque se desorbiten ciertas reivindicaciones autonómicas, no cabe duda de que se marcha hacia un nuevo concepto de la unidad española. Lo que desunieron los Borbones del pasado parece que logrará unirlo el Borbón de hoy, Juan Carlos I, a juzgar por sus declaraciones al respecto —declaraciones hechas en las lenguas de los pueblos concernidos cuando ha sido oportuno— y a juzgar por la trayectoria que sigue desde su discurso memorable en la apertura de las primeras Cortes elegidas por sufragio universal.

6. Actualmente se está librando en España una intensa batalla en favor de los derechos de la mujer. ¿Qué ha representado, a su juicio, en este terreno, el mandato de Franco? ¿Un avance, un tiempo muerto, un retroceso?

El régimen del general Franco fue intrínsecamente misógino. Creó la Sección Femenina tomando de modelo los tinglados hitlerianos y fascistas cuyo lema se traducía en «Capilla, Cocina y Críos». Cualquier vistazo a las hemerotecas demuestra a qué aberraciones machistas llegó la administración franquista a través de la Sección Femenina creada por decreto en 1937 con la finalidad de «formar políticamente a la mujer española». Formarla como madre y esposa, naturalmente. Aquello cortó de raíz lo poco que había sembrado la República en este terreno: la igualdad de la mujer a nivel jurídico, en lo económico, en lo político, en lo cultural y, aunque tímidamente, en lo sexual.

Ahora bien; hay que reconocerle al franquismo una cierta coherencia en esta cuestión. No hizo trampa. Fue coherente con su ideología fascista-clerical-medieval.

7. El hecho de que el Gobierno que en la etapa de transición ha desmantelado las instituciones del régimen anterior esté integrado por antiguos ministros, subsecretarios, directores generales, gobernadores civiles, etc., del fallecido dictador, ¿significa, a su juicio, que por debajo de hechos aparentemente democratizantes como la legalización de los partidos políticos —y en especial del PCE y del PSUC— persiste el franquismo tras la desaparición física de Franco?

No hubo ruptura. Hay que tenerlo en cuenta al abordar el problema. El cambio de régimen se hace a través de una complicada negociación entre fuerzas sociales del franquismo y aquellos que lo combatieron con riesgos y penalidades que todos conocemos. Si hubiese habido ruptura se habría procedido a una depuración. Cabría preguntarse si las fuerzas realmente democráticas que no fueron capaces de imponer la ruptura estarían en condiciones de llevar a cabo una depuración sin caer en lo arbitrario, sin que pagaran justos por pecadores y con garantías de que los sustitutos de los depurados lo harían mejor que éstos. Tal como quedó España a la muerte del general Franco, no veo más solución que, partiendo de lo que usted, señor Gironella, llama «aparente democratización», se pase a la democracia no aparente sino real, sin comillas. Para que un pueblo cargado de problemas como el nuestro no pierda la brújula y se desmovilice facilitando la consolidación del «franquismo que persiste tras la desaparición física de Franco» se impone un juego político flexible pero con una meta inequívoca: la democracia. Los radicalismos aparecen como posiciones más revolucionarias, más atractivas; la tentación del radicalismo está presente y actúa y los sectores más desesperados del pueblo —los llamados marginados: obreros sin trabajo, estudiantes sin salidas profesionales, familias cargadas de deudas contraídas en la época de las horas extra, etcétera— pueden seguir detrás de cualquier demagogo, de derecha o de izquierda. Así están las cosas «tras la desaparición física de Fran-

co». No vale ocultar la cabeza para no verlo. Y si queremos evitar otra tragedia, otro choque sangriento —del que volvería a salir victorioso el fascismo— hay que propiciar la *antipática, poco popular política del consenso*. Consenso no quiere decir contemporizar con los restos del franquismo parapetados en cargos oficiales. El consenso sólo puede producirse para salir del atolladero y no para hundirse en él.

8. ¿Hasta qué punto cree que los hábitos adquiridos durante el mandato de Franco pueden obstaculizar la consolidación de la democracia en España? ¿Es optimista o pesimista con respecto a dicha consolidación?

En parte está ya contestada. Nunca fui pesimista, ni cuando perdimos la guerra ni cuando parecía que Hitler se había tragado el mundo. Creo en la capacidad humana para liberarse, en la acción dialéctica que impulsa la Historia cuando la sociedad se encuentra ante el dilema de avanzar o perecer. En nuestra época no hay más solución que la socialista, se mire por donde se mire. Cada gran problema por separado y todos en su conjunto exigen soluciones socialistas y el socialismo requiere el pleno desarrollo de la democracia. De ahí mi optimismo puesto que defiendo, desde mi adolescencia, el socialismo que todavía no he visto funcionar en ningún sitio. Pero funcionará. Tendremos que hacerlo funcionar incluso los que no militan en las filas socialistas.

Si hubiese habido ruptura se habría procedido a una depuración. (Santiago Carrillo saluda a Manuel Fraga Iribarne tras ser presentado por éste en los salones del Club Siglo XXI.)

